

LOS ALFILERES

LOS ALFILERES

—¡Ah, querido! ¡Qué calamidad son las mujeres!

—¿A cuenta de qué lo dices?

—Porque me han hecho una jugarreta abominable.

—¿A ti?

—Sí, á mí.

—¿Las mujeres ó una mujer?

—Dos mujeres.

—¿Dos á un tiempo?

—Sí.

—¿Qué jugarreta?

Los dos jóvenes estaban sentados en uno de los grandes cafés del bulevard y tomaban uno de esos aperitivos que tienen no uno, sino varios colores á la vez.

Tenían poco más ó menos la misma edad: de veinticinco á treinta años. Uno era rubio, el otro moreno. Tenían esa elegancia de los agentes de negocios que van á la Bolsa y acuden á las reuniones y viven y aman donde pueden, en todas partes. El moreno añadió:

—Creo que te conté mis amores con esa burguesita que conocí en Dieppe.

—Sí.

—Pues bien. Tenía una querida en París, una á la cual quiero mucho, una antigua y buena amiga, una costumbre que me gusta.

—¿La costumbre?

—La costumbre y ella. Está casada con un buen sujeto á quien quiero mucho también, un buen muchacho, un camarada muy cordial. En fin, es una casa en la cual había yo construido mi nido.

—¿Y qué?

—Que como este matrimonio no puede abandonar París, me hallé viudo en Dieppe.

—Y ¿á qué fuiste á Dieppe?

—Para variar de aire. No puede uno pasarse toda la vida en el boulevard.

—Y ¿qué más?

—Entonces hallé la burguesita de quien te he hablado.

—¿La mujer del jefe de negociado?

—Sí, se aburría mucho. Su marido sólo comparecía los domingos y es más feo que Picio. Compadezco á la pobre. Reimos, pues, y bailamos juntos.

—¿Y otras hierbas?...

—Sí, luego. En fin, nos vimos, nos gustamos; yo se lo dije, ella me lo hizo repetir para comprenderlo mejor, y no hizo gran resistencia.

—¿La amabas?

—Un poquillo; es muy graciosa.

—¿Y la otra?

—Estaba en París. En fin, durante seis semanas nos divertimos en grande y al volver aquí continuábamos siendo buenos amigos. ¿Acaso comprendes que se rompa con una mujer sin motivo? ¿Sabes hacerlo?

—¡Ya lo creo!

—¿Cómo?

—La dejo.

—Y ¿cómo te las compones para dejarla?

—No voy á su casa.

—¿Y si ella viene á la tuya?

—No estoy en casa.

—¿Y si vuelve?

—Le digo que estoy indispuerto.

—¿Y si te cuida?

—Le hago una perrería.

—¿Y si la tolera?

—Escribo cartas anónimas á su marido diciendo que la vigile los días que ella ha de venir á verme.

—No me gusta tal sistema. Yo no sé romper. Las colecciono. Algunas hay á las que veo una vez al año, otras cada seis meses, otras cada tres. Las que ya se acostumbran á las visitas de cuando en cuando no me molestan; pero las nuevas son más exigentes.

—De modo...

—De modo que la burócrata era ardorosa y no me había dado motivo ninguno de queja. Como su marido se pasa el día en el Ministerio, acudía de continuo á mi casa y por dos veces estuvo á pique de tropezar con la otra.

—¡Diablo!

—Sí. Entonces señalé á cada una de ellas días fijos para evitar tropiezos. A la antigua, lunes y sábados. A la nueva, martes, jueves y domingos.

—¿Por qué tal preferencia?

—Es más joven.

—¡Ya! Pero sólo te dejaban dos días de descanso por semana.

—Me bastan.

—Te felicito.

—Sí. Imagínate, pues, que todo salía á pedir de boca. Así pasé cuatro meses sin temor á ningún percance, cuando de pronto todo se desmorona.

Esperaba á la más antigua á la hora de costumbre, á la una y cuarto, fumando un cigarro.

Pensaba en las musarañas, muy contento de mí mismo, cuando advertí que había pasado la hora. Lo extrañé, porque es muy puntual. Creí que habría retardado involuntariamente. Pero pasó media hora, una luego y pensé que algo le habría ocurrido. Me fastidian lo indecible esas horas de espera. Me decidí á salir y, no sabiendo qué hacer, fui á su casa. Me la encontré leyendo una novela.

—¿Qué ha pasado?—pregunté.

Y ella me respondió con gran pachorra:

—Querido, no pude ir.

—¿Por qué?

—Por... otras ocupaciones.

—¿Cuáles?

—Una visita muy fastidiosa.

Creí que no quería revelarme el verdadero motivo, y como la vi muy tranquila, no me preocupé más por ello. Pensaba que al día siguiente me indemnizaría con la otra.

El martes, pues, estaba muy entusiasmado esperando á la burócrata, extrañando que no se hubiese anticipado á la hora convenida. Miraba el reloj á menudo. Pasaron diez, veinte, treinta minutos, una hora. Escuchaba á la puerta, miraba por el balcón, Nada. Mi amiga no parecía.

A las tres tomé el sombrero y fuí á su casa. ¡Leía una novela!

—¿Qué ha ocurrido?—pregunté con ansiedad.

Y contestó con tanta flemma como la otra:

—No pude ir, querido.

—¿Por qué?

—Por... otras ocupaciones.

—¿Cuáles?

—Una visita fastidiosa.

Supuse inmediatamente que lo sabían todo; pero parecía tan plácida, que acabé por desechar mi sospecha y pensar que se trataba de una coincidencia no pudiendo imaginar semejante disimulo. Y después de una hora de amigable conversación, interrumpida veinte veces por las inoportunas entradas de su hijita, me marché fastidiado. Y figúrate que el jueves...

—¿Ocurrió lo mismo?

—Exactamente, y lo propio los demás días. Y

así durante tres semanas, sin una explicación de aquella conducta rarísima, de la cual sospechaba el motivo.

—¿Lo sabían todo?

—¡Ya lo creo! Pero ¿cómo? No puedes figurarte lo que me costó saberlo.

—¿Cómo lo supiste?

—Por cartas. Me dieron el mismo día y en iguales términos mi despido.

—¿Y...?

—Ya sabes que las mujeres traen siempre un regimiento de alfileres. Desconfío de las horquillas y las vigilo, las arrojo; pero parece que son mucho más temibles esos malditos alfileres de cabeza negra que á nosotros nos parecen todos iguales, pero que ellas distinguen á la primera mirada, como nosotros distinguimos un caballo de un perro.

Parece ser que un día mi burócrata dejó clavado uno de esos alfileres reveladores cerca del espejo.

La otra, la antigua, advirtió á la primera mirada aquel puntito negro, no mayor que una pulga; tomó el alfiler y dejó en el mismo sitio otro de igual especie pero de un modelo distinto.

Al día siguiente, la burócrata quiso recuperar su propiedad y advirtió la substitución. Se le ocurrió

una sospecha y en vez de un alfiler dejó dos, cruzados.

La otra contestó á aquel lenguaje telegráfico con tres bolas negras agrupadas.

Entonces, sin conocerse, continuaron aquel juego para espiarse, y por fin parece que la antigua se atrevió á enrollar en uno de los alfileres una estrecha tirita de papel que decía: «Lista de correos. Boulevard Malesherbes, C. D.»

Entonces se escribieron. Estaba perdido. Después de unas cuantas cartas acabaron por darse una cita. No sé lo que se dijeron; pero sé que hablaron de mí.

—¿Y nada más?

—¿Te parece poco?

—¿Ya no las visitas?

—Como amigo; porque no hemos roto del todo.

—¿Y ellas se han vuelto á ver?

—Sí, son íntimas ahora.

—¡Toma! ¿Y esto no te ha dado una idea?

—No. ¿Cuál?

—¡La de hacerlas clavar alfileres juntas, tonto!

DUCHOUX

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO CASTELL"
CARR. A LOS NOROCCIDENTALES, MEXICO